

REVISTA SALMANTRINA.



Periódico de Literatura, Ciencias y Artes.

POESIA POPULAR.

SEAMOS DE ESTE SIGLO!

Con semejante título publica la *Semana*, periódico literario de Portugal, un brillante artículo del Sr. Da Silva Tullio. Una bella poesía (*cántico de Charidade*) del Sr. A. F. Castilho, que tal vez mas adelante traduciremos en obsequio de nuestros suscritores, ha dado ocasion á que aquel emita sobre la poesía ideas tan acordes con las que hace tiempo hemos sustentado, que nos decidimos á insertar algunos párrafos, en muestra además del interés conque acogemos cuanto se refiere á nuestros vecinos, cuya historia y literatura merece cada dia mayor consideracion y estudio.

«Todas las cuestiones sociales se están agitando,—decíamos hace cinco años—¿por qué no se ha de apoderar de ellas. la

poesia?... Buscamos recursos para aliviar los dolores de la sociedad, ¿por qué la poesia no ha de cantar esos dolores mas grandes y poéticos que los del hombre *individuo* porque son privativos del hombre *especie*... La poesia debe por tanto abrazar los intereses sociales y ser un indicador exacto de las necesidades y modo de existir de los pueblos. *Garcilaso* cantó los placeres del campo y las delicias de un amor metafísico, cuando los hombres, sin ser por eso mas felices, no abrigaban las altivas pretensiones que ahora. *Quintana* elevó sus cantos patrióticos cuando la patria era el idolo esclusivo de sus conciudadanos: *Espronceda* meditó el verdugo, el mendigo, y el Diablo Mundo en medio de una sociedad apenas movida mas que por los intereses materiales. *Garcilaso*, *Quintana* y *Espronceda* son, pues, la personificación de tres distintas épocas.» Oigamos ahora al escritor Portugués; sus palabras pueden enlazarse con las ante-



Calbracón

riores, y esta conformidad de juicios nos lisongea ciertamente.

«No queremos que la lira se rebaje á servicios mecánicos, ni que plegue el arte sus alas para arrastrarse prosáica en torno al mundo positivo; pero tampoco podemos ver sin tormento, que la mayor parte de los génius poéticos la gasten en cantar insípidos amores, y crean aplebeyarse si se asocian á la gran cruzada de nuestro siglo. Cante la lira amores, cántelos en la soledad; pero venga tambien al gran *forum* á unir sus armonías con la elocuente voz del que pide pan y enseñanza para los menesterosos. El gran drama humanitario que á retazos vase representando por el mundo, debe tener coros grandiosos y festivos; llegue pues la lira del poeta á acompañarlo, y á solemnizar las mudanzas que se están realizando, sino en las cosas, en los ánimos al menos de la multitud. Cuentan que los famosos oradores Romanos se valian de tañedores de flauta para que les fuesen modulando las entonaciones de la voz. ¿Y por qué los poetas no han de realzar con sus himnos la elocuencia de los verdaderos amigos de la humanidad?....

Carecemos de poetas populares, y no es porque todos se desdeñen de cantar para el pueblo. Muchos son los que se fatigan por entresacar del polvo de la tradición los llamados cantos nacionales, y por resucitar en sus poemas pasadas generaciones. ¿Pero qué nos importa todo eso? ¿De qué sirve que nos deis en romances y baladas lo que llamais poesía nacional? ¿Qué adelantamos con que por la centésima vez ensalceis la gloria de *Portugal*, las hazañas de nuestros abuelos, las desventuras de Alcácer-Kibir, las victorias de Montes Claros y de Aljubarrota?..... Dejad lo pasado en su tumba, volved la vista al tiempo en que vivis; no os estasiéis contemplando el crepúsculo que anuncia la muerte, sino mas bien animaos ante la radiosa aurora del porvenir y de la vida.

Poco aprovecha repetir en mas ó menos lucidas estrofas que el sol que nos alumbra es almo y vivificador, que son olorosas y brillantes las flores que covija

el diáfano dosel de un cielo meridional, que bosques de azar perfuman la atmósfera, que cada piedra de nuestro suelo es un monumento regado con sangre, que el descubrimiento de las Indias fué el prólogo de las grandes revoluciones modernas. Todo eso en verdad es lirico, épico, dramático, inflama el númen y alimenta el arte; pero notad que sois estériles en medio de tanta grandeza. El cielo es puro, templadas y aromáticas las auras, gratos los perfumes del campo, delicioso el clima... pero vuestros versos no contienen un grito de animación á las generaciones vivas, y la tierra solo brotará zarzas y abrojos, mientras que recostados sobre la esteva nos paremos á admirar la lozania del campo, y ni labremos un surco, ni arrogemos un grano de simiente. Decid que el terreno es feráz, pero no calleis que aun falta descuajarle; contad que el pueblo es heroico, pero referidle los altos hechos que debe realizar ahora: celebrad sus victorias, mas recordadle que la mejor espada se enmohece en el ocio y que el arado de los campos, la rueda de la fábrica, son las armas de este siglo.»

Preciso es sin duda, tanto ese beneficio de la sociedad como del arte, que la poesía tienda su vuelo, y se mezcle al hervir del mundo, y sublime lo grande, y haga crecer lo pequeño. La lira tiene cuerdas para todos los placeres y dolores, para todas las ideas y esperanzas. Que ella suavice con sus armonías los pesares del hombre; que en vez de proclamar el desprecio de los mas santos deberes, y de ensalzar bajo especiosos títulos la indiferencia, sino la negacion, de todo lo bueno, cauterice con el fuego de su palabra esas úlceras hediondas que corroen las almas; que ennoblezca todos los deberes, que derrame en todos los corazones el enérgico bálsamo de la fé, de la ciencia y del trabajo..... y entonces volverá á ser encanto del mundo, la que hoy anda abatida y disfrazada.

Lejos, muy lejos estamos de querer proscribir la musa alegre y juguetona que á veces ahuyenta los cuidados, é ilumina, aunque como un relámpago sea,

las tinieblas del corazón; tampoco que-
remos condenar al silencio la expresión
poética de las pasiones individuales que
escitan nuestras simpatías porque son
males que á todos nos aquejan; la domi-
nación esclusiva, ó la preponderancia de
estos géneros, *la frivolidad*, es lo que re-
chazamos. Que no se interpreten mal
nuestras palabras: en bien de la poesía
misma deseamos que las musas bajen de
su inaccesible monte, y se *hagan carne*
y habiten entre los hombres, concurren-
do á la instrucción, moralización, y pro-
greso, que forman la tarea del siglo. El
olvido traga las obras que no tienden á
tan sagrados objetos; pero el olvido no
llena el vacío que dejan, ni repara el
mal que puedan haber causado.

A. G. S.

A SALAMANCA.

Héla, allí está... de entre la oscura sombra
Magnífica y sublime se levanta,
Su augusto nombre al universo asombra,
Y su gloria inmortal la fama canta.

Héla, allí está... si destrozado el manto
Tiene, y ante sus piés la áurea corona:
El triste porvenir vé sin espanto,
Le basta lo pasado á la matrona.

No llora, no, que mengua; vive el cielo!
Fuera llorar el águila altanera,
Gima con doloroso desconsuelo
Quien huella no dejó de su carrera.

Mas tu, perla del mundo, ástro luciente,
Que altivo brillas en la eterna historia,
Puedes alzar la soberana frente
Cubierta con los rayos de tu gloria.

Que eres la palma, que en el suelo Ibero
Los hijos del Eurotas y del Janto
A la orilla del Tórmes lisongero
Plantaron en su mísero quebranto.

Mas si lloraban su infeliz fortuna,
Tu les diste tu paz y sol tranquilo,
Y ofreciste á sus hijos blanda cuna
Y á sus doncellas regalado asilo.

Y en tus divinos ojos, fulgurante
El claro porvenir reverberaba,
Y tu celeste frente centellante
Inmortal aureola iluminaba.

Y á su esplendor, á las matronas fieras
Admiraste, cual líbicos leones
Postrando ante sus plantas altaneras
De Anibal las indómitas legiones.

Su femenil y voluptosa pompa
Trocaron por el peto y fuerte lanza,
Y al salvaje clamor de airada trompa
Contempló el sol sangriento su venganza.

El guerrero las vió, de audaz contento
Esplendieron sus ojos prepotentes
Y en su asombro exclamó con ronco acento:
«Dignas son de lidiar con mis valientes»

La madre de los libres dictadores
Mostrarte quiso su inmortal grandeza,
Y esos arcos del tiempo vencedores
Aun ostentan su altiva fortaleza.

Que eras de su diadema soberana,
Salamanca gentil la joya hermosa,
Y la cesárea esplendidez romana
Te orlaba con su púrpura orgullosa.

El godo te adoró de asombro mudo,
Y te envidiaba la Imperial Toledo,
Cual ella defendió tu fuerte escudo
La santa religion de Recaredo.

Y si el alarbe te cubrió de escombros
Y te ahogó cual á España entre sus garras,
El noble aragonés te alzó en sus hombros
Clavando en tu blason sus fuertes barras.

«Digna de mi altivez es tu nobleza,
Digna de mi valor tu audacia brava»
Dijo, y con poderosa fortaleza
Tus manos á sus manos enlazaba.

Y tuviste valientes caballeros,
Y tuviste valientes infanzones
Que al relinchar de sus corceles fieros
Arrollaron cien árabes legiones.

Que no gozaron en tranquila estancia
Ni entre placeres sus riquezas sumas;
Mas cumplía á su bélica arrogancia
El almete y airon de rojas plumas,

Mas que del arpa el suspirar sonoro,
El estruendo feroz de la batalla,
Mas que el rico jubon cubierto de oro
La sobrevesta y fulgurante malla.

Y tuviste cien libres ciudadanos
Que en Villalar los contempló Castilla
Valientes combatir á los tiranos
Y espirar con el ínclito Padilla.

Astros radiantes de inmortal memoria
Que el déspota estinguió en su atroz delirio,
Volando tras los láuros de la gloria
Las palmas alcanzaron del martirio.

Y tuviste también sumos varones,
Que ante sus plantas los augustos reyes
Postrando su grandeza y sus blasones,
A su ciencia pedían sabias leyes.

Los que á Colón tan solo comprendieron
Cuando al través del pielago iracundo
Sus ojos rutilantes descubrieron
La ignorada región de un nuevo mundo.

Ellos le comprendieron solamente,
Que el ástro con el ástro reverbera
Y al géneo seguir puede el géneo ardiente,
No el mísero mortal en su carrera.

Sábios, alzad las frentes carcomidas,
Mirad de la academia generosa
Las radiantes estrellas estinguidas.
En soledad gimiendo tenebrosa.

El *sábido rey* rindióla su diadema,
Mil príncipes ante ella se postraron,
De su amor los pontífices por lema
Sus armas con las suyas coronaron.

Estrecho fué á su gloria el ancho mundo,
Y en medio la ignorancia lóbregosa
Era de ciencia manantial fecundo,
Estrella del saber esplendorosa.

¿Dónde están patria mía, tus pintores:
Que á la aurora su luz arrebataron,
Y al claro abril las perfumadas flores
Que las tranquilas auras halagaron?

¿En dónde aquel que en su entusiasmo santo
La mística belleza le inspiraba,
Y á sus lienzos el mísero quebranto
Del Cenobita austero trasladaba?

¿En dónde la que hablaba el elocuente
Virgiliano lenguaje terso y puro?
¿Dónde el que Fídias le inspiraba ardiente,
Y dió vida al de Paros mármol duro?

¿En dónde aquellos vates candorosos,
Que el *ay* del que de amor tierno suspira
Fingían con acentos melodiosos
Al blando son de la acordada lira?

¿En dónde tus suavísimos cantores?...
Y ¿en dónde aquel que en su pasión divina
La agonía lloró y hondos dolores
Del *Astro* que espiró en la Palestina?

Mas no llora la ilustre Salamanca,
Y muere bajo el peso de su gloria,
Si impio el tiempo su esplendor arranca
No mira al porvenir, suya es la historia.

Y aun tiene si, para aliviar su pena
Esos esplendorosos monumentos,
Que á la región del céfiro serena
Magníficos se elevan y opulentos.

Blasones son de la pasada gente
Y que hoy destrozan con demencia impía
Y ante ellos en silencio reverente
Mi espíritu asombrado se estasia.

Aun tiene si, las límpidas cascadas,
Del Tórmes que suspira cristalino,
Cuyas ondas retratan encantadas
De cien bellas el rostro peregrino

Que allí no son mugeres las mugeres,
Ángeles son de corazón de fuego,
Cariñosas brindando mil placeres
Al delirante pensamiento ciego.

Hermosas sois como la blanca aurora,
Puras como la luz del medio día,
Mi ardiente corazón tierno os adora,
Estrellas sois de la esperanza mía.

La sien orlad de la gentil matrona
Con encantadas flores celestiales,
Mientras la fama por do quier entona
De gloria dulces himnos inmortales.

Y yo, pobre poeta, patria mía,
No tengo no, para adornar tu frente
Ni una corona de arrayán umbría,
Ni de laurel guirnalda floreciente;

Mas tengo el entusiasmo de Tirtéo,
Y la arrogante voz de la tormenta,
Y en alas de mi intrépido deseo
Te elevaré hasta el sol que el orbe argenta.

Si, te alzaré porque te admire el mundo
Y doble ante tus plantas la rodilla,
Y contemple con éstasis profundo
La Atenas de los reyes de Castilla.

1847.

MANUEL VILLAR Y MACÍAS.

RUINAS DE SALAMANCA.

Recuerdos y Meditaciones.

(CONTINUACION.)

Recojamos pues, esas páginas caídas,
tal como vá levantándolas la mano de

nuestro artista. Hé ahí el poder del gé-
nio; los trastornos del tiempo y de las
revoluciones avanzan rápidos é incon-
trastables, envolviendo y arrasando en
su torbellino las obras mas soberbias,
esas obras que desafiando á la eternidad
quisieron los hombres dejar grabadas co-
mo huellas de su planta. Pero el gé-
nio llega, y á través de aquel ruidoso caos
oye una palabra, y la hace estable por
medio de la imprenta, vé un monumen-
to, y mientras cae en tierra se apodera
de su imágen, y la transmite á la admi-
racion de los siglos.

Recojamos tambien la historia, las
tradiciones, hasta las fábulas. Ellas son
las que dán espíritu, lengua y voz á las
piedras; borradlas, y la obra que aque-
llas formen, será una obra muerta, se-
mejante á las ruinas que aparecen entre
las vírgenes soledades de América, rui-
nas menos comprensibles para la ciencia
que los misteriosos egipcios geroglíficos,
porque son prenda perdida de un pueblo,
cuya historia, tradiciones y fábulas de-
saparecieron muy lejos de nosotros.

Y recojamos por último las descripcio-
nes artísticas para perpetuar por la pala-
bra y el grabado los antiguos pensa-
mientos de las artes, evitando así que
se apague la última vibracion, que lenta
y moribunda, ha llegado á tocar la super-
ficie de nuestras almas.

Al par de los grandes intereses que so-
los tienen hoy el derecho de conmover á
los modernos... *estóicos*... y perdone el
gé-
nio del pórtico, si con semejante título
decoramos á los que ocultan su *egoismo*
bajo el antifaz de la *indiferencia y del de-
sengaño*; cuando necesitamos rudos en-
contrones para conmover nuestra sensi-
bilidad. ¿Qué atractivo han de poseer los
recuerdos de una portada, ó de un con-
vento? Escaso será ciertamente: vamos á
ofrecer el ejemplo, diciendo algo acerca
de los asuntos que representan los últi-
mos grabados.

Portada de San Adrian.—En una no-
che... hace ya bastantes años se adver-
tia en la *plazuela de San Adrian* cierto
movimiento desusado. Varias parejas de

soldados marchaban haciendo retroceder
la multitud que se agrupaba al rededor,
del templo... y acudia, á ver la *milayrosa*
luz, que segun decian alumbraba la efi-
gie del Ecce-homo allí reverenciado. Esto
contaba el pueblo por los años 1830, ó 40
y tantos. La autoridad empezó despejando
los curiosos, y acabó por abrirles la puer-
ta: entraron, y vieron que no veian nada;
prueba que, dicho sea de paso, si hubie-
ra mediado un *milagro* efectivo, no pro-
baba mucho en contra. Este fué el último
alimento que dió á la curiosidad la anti-
gua y ruinosa Iglesia, cuya portada han
visto los suscritores de la *Revista*. Perte-
nece al estilo gótico del mejor tiempo. Un
arco escarzano, al que se enlazan varias
columnitas que le circundan con sus
adornos, el alto remate de follage de
Acanto, y las dos lindas agujas que se
elevan á los lados, dan á dicha puerta no
solo elegancia, sino belleza. En el inte-
rior llaman algo la atencion los enterra-
mientos de los fundadores, de estilo gó-
tico, y algunos con estátuas. Lo demás del
edificio, si se exceptua la portada del
mediodia, y la capilla mayor por la parte
de afuera, cuya construccion es del siglo
XI al XII, nada tiene notable. Es uno
de los que por su mal estado, y por las
necesidades del ornato público, habrán
de desaparecer en breve.

Convento de San Vicente.—Muchos si-
glos hay que retroceder para encontrar el
origen del monasterio Benedictino *de San*
Vicente, de cuyo edificio, grandioso por su
amplitud, por la fortaleza y solidez de su
construccion y por el gusto de su archi-
tectura, nos dan testimonio las ruinas, y
los arcos que aparecen descarnados y sus-
pendidos á considerable altura, como si
un poder mágico los sostuviera.—Vinie-
ron esos monges á Salamanca en el siglo
VII, y perecieron cuando la irrupcion
Sarracénica; D. Alfonso VII concedió li-
cencia para su restauracion á un V. Pe-
dro, Abad de Cluni, á cuya congregacion
permaneció sujeto el monasterio hasta que
los reyes católicos le hicieron en 1504 co-
legio ó casa de estudios dependiente del
convento de S. Benito el Real de Valladolid.

Tenia muy antiguos y estraños privilegios. En algunos dias del año se ofrecia á los habitantes de Salamanca un espectáculo que sin duda pareceria muy natural cuando los Obispos y los Abades levantaban mesnadas y junto á la cruz del pectoral, enseñaban la cruz de la daga. El Prior de San Vicente salia cabalgando en un caballo de batalla, vistiendo sobre el hábito de monge todas las piezas del hábito de guerra, precedido de farantes ó maceros y seguido de hombres armados. Con tal atavio y séquito subia por la calle que aun recuerda semejante acontecimiento llevando el nombre *del Prior*, y asistia al Consistorio de la Ciudad porque era *uno de sus Regidores*.— Dejemos al monge armado que desapareció mucho antes que la celda donde habitaba.

Entrábase al espacioso templo de San Vicente por una magnífica portada de doble intercolumnio y de dos cuerpos; todo de esquisito gusto dórico. Del templo, y por otra portada del mismo estilo, se pasaba al Claustro, cuya mitad era una de las tres maravillas que el refran atribuia á Salamanca. El exterior de la famosa galeria (un ángulo de la cual hemos publicado) es del mismo orden insinuado, pero con un gusto tan singular en los arcos y machones intermedios, que un poco mas de recargo en los trabajos hubiera convertido la perfeccion en pesadez. Las bóvedas de construccion gótica han sido la admiracion de todos. Tan atrevido, tan original era el pensamiento de sus ligeros y fileteados arcos adornados de bellísimos y siempre distintos relieves, que difícil seria encontrarle modelos ni imitaciones. Esa joya no existe ya, y en vano se querrá formar idea de ella por las piedras numeradas que se llevaron al museo de la provincia.

(Se continuará.)

LA CAZA DE COCODRILOS. (*)

Durante el Estío de 1846, me hallaba

(*) Por lo singular de ella, hemos extractado de su original, la relacion de esta *caza*.

yo establecido en las orillas del Rohan, pequeño rio de una provincia situada al Noroeste de la India, y allí fué donde vi por primera vez el *mugger* ó cocodrilo indio. Comenzaba la estacion de las lluvias. Mi vecino Mister Hall, me escribió anunciándome su visita y rogándome que le enviase un *syce* (groom (*)) con caballo del diestro, á cierto sitio que designaba. Era Sidhoo el *syce* el tipo perfecto del corredor, nervioso, fuerte aunque de baja estatura, tenia los miembros delgados, pero templados como de acero, y cuando al uso de oriente trotaba al lado de un caballo corria á ocho millas por hora durante un espacio de tiempo que asombraria al mas robusto espologista inglés.

— Apenas se habia puesto el sol, llegó Mr. Hall chorreando agua y cubierto de lodo, por lo cual supuse que le habia ocurrido algun incidente desagradable, y como no me pareciese sério, lo tomé á risa y le di larga broma por el bautismo que acababa de administrarse.

—No hay motivo para reirse, dijo Mr. Hall, habeis perdido vuestro *syce*.

—¿Se ha ahogado?

—No, ha sido comido por un cocodrilo, contestó, y comenzó su narracion.

Llegados Hall y Sidhoo á una *nulla* (riachuelo) que distaba como dos millas, encontraron tan altas las aguas que hubieron de pasarlas á nado. Apretando Hall las rodillas al caballo, entró en el agua, llevando en la mano un extremo de la cuerda que el *syce*, como la mayor parte de los Hindous, llevan arrollada al cuerpo para sacar agua de los profundos pozos de su pais; llegado á tierra, comenzó á tirar de la cuerda, y ya veia adelantarse entre las aguas la negra cabeza de Sidhoo ceñida por el turbante, cuando subitamente dejó el groom caer los brazos y desapareció, dando un espantoso grito. Hall que habia dado dos vueltas á la cuerda al derredor de su mano, se sintió atraído hácia adelante y cayó en la corriente, viendo al mismo tiempo la larga cola de un enorme cocodrilo, den-

(*) Palabra ya mas inteligible que cualquiera otra castellana de que nos hubiéramos valido.

tellada como una sierra, que sacudia el agua á pocos pasos de él. Entonces haciendo un esfuerzo supremo para evitar el peligro soltó la cuerda y llegó, no sin trabajo, á las resbaladizas orillas de la *nulla*.

No era Hall de los hombres á quienes dura mucho la melancolía, y sin embargo esta vez como se trataba de la muerte de un hombre, despues de su narracion quedamos largo rato en silencio y continuamos fumando nuestros *shirouts* sin pronunciar una sola palabra. Por fin poseidos del mismo pensamiento abrimos á la vez la boca para proponer los medios de destruir los cocodrilos; pero aunque discutimos muchos proyectos, ninguno ofrecia probabilidades de éxito. Al dia siguiente despues del desayuno, mostraba yo á mi huesped un aparato galbánico de esplosion, que ultimamente me habia llegado de Inglaterra, y debia servir para hacer saltar los troncos de los árboles (*snags*) que impiden la navegacion de los rios: estaba explicándole la teoria de mi aparato y el modo de usarle, cuando me interrumpió exclamando:

—Esto es! precisamente es esto!..... En vez de hacer saltar los troncos de los árboles, haced saltar los cocodrilos. ¿Qué os parece?

Nada en efecto se oponia á minar los cocodrilos, nada mas que la posibilidad de disponer de la mina, y tanto nos dimos á pensar para evitar este inconveniente, que al fin creimos posible el nuevo proyecto. Ya hacia tiempo que habia hecho saltar así muchos troncos de árboles, y habia observado tambien que la conmocion de la descarga mataba todos los peces que se encontraban en un radio de treinta ó cuarenta pies. Concluí de aquí, que aun colocados á larga distancia del *mugger* podriamos por medio de una descarga, sino hacerle pedazos, herirle al menos con una fuerte sacudida, con tanto mas motivo, cuanto que una mina al estallar en el agua destroza los objetos que la rodean con mayor violencia que si hiciese la esplosion en tierra.

Terminados los preparativos entramos en un barco Hall, mi hermano y yo, lle-

vando á bordo el aparato, y seguimos la corriente hasta el punto en que la *nulla* entra en el Rohan, donde abordamos por un momento mientras Hall compró en un pueblo inmediato un cabrito desollado. En el vientre cosimos un cuerno que contenia seis libras de pólvora; provisto de hilos conductores que unimos al derredor de una de las dos fuertes cuerdas sujetas al cebo así minado. Estas cuerdas tenian unos 90 pies de largo, y á sus extremos llevaban atadas unas pieles llenas de viento semejantes á las que se usan en la India para llevar agua. Hall fué subiendo por una de las orillas de la *nulla* con una de estas pieles debajo del brazo y la cuerda arrollada en la mano, al tiempo que mi hermano armado del mismo modo marchaba paralelamente á lo largo de la otra orilla llevando el hilo conductor. Seguí á este acompañado por dos *coolies* (mozos de carga) que llevaban la batería ya cargada y dispuesta. Atamos tambien al cabrito un indicador flotante que sirviera para señalarmos las posiciones.

Preparada así la artilleria empezamos á subir la *nulla* remolcando el cebo contra la corriente y cuidando de pasarlo á derecha é izquierda, con lo cual teniamos probabilidades de comunicarnos con el cocodrilo. En efecto, apenas habiamos andado un cuarto de milla cuando el indicador se sumergió rápidamente: Hall y mi hermano soltaron en el agua las cuerdas y las pieles hinchadas, conservando el cable atado á estas; las pieles se agitaban prueba de que el cocodrilo se habia tragado el cebo.

En medio de un gran oleaje el monstruo bajaba por la corriente, y yo le seguia con toda la rapidez que permitian mis piernas; pero como perdia tiempo me decidí á darle todo el cable. Afortunadamente el voraz anfibio se detuvo en un sitio en que se elevaban un poco las orillas. Subí á la cumbre y comencé á recojer el cable sin sacar todavia la piel fuera del agua por temor de levantar la caza. En esta situacion para dar tiempo á que los *coolies* llegasen, aguardé algunos minutos, minutos de inesplicable inquietud, porque si el *mugger* continuaba su car-

rera tendría precision de seguirle, corriendo el riesgo de verle destrozar los hilos conductores. Por fin oí aproximarse á los *coolies*; pero qué contratiempo!, uno de ellos al tiempo de acercarse, tropezó y cayó, cayendo con él la máquina que perdió una parte del ácido. Mi hermano se apresuró á ponerla á mis piés y teniendo venturosamente ácido de reserva vaciamos en la batería una botella entera con lo cual pudo funcionar mejor que nunca.

Seguí pues recogiendo el cable muy despacio cuando ocurrió otro accidente. La piel hinchada que estaba al extremo de los hilos conductores arrancó al subir á la orilla algunos terrones que cayeron en el agua con estrépito. Por dicha el cocodrilo no se movió, pues parecía que se había decidido á digerir tranquilamente su comida en el sitio en que se encontraba. Una sonrisa de triunfo brilló en mis labios cuando me vi en posesion de los hilos conductores. Mi hermano juntó el uno á la batería y yo tuve el otro pronto para formar el círculo.

Durante este tiempo reposaba tranquilamente el buen cocodrilo en el fondo de la *nulla*, teniendo dos brazas de agua sobre la cabeza, esento de sospechas y bien lejos de imaginar que acababa de tragar un brulote, cuya esplosion iba á desgarrarle en un solo instante al golpe de un rayo arrancado de una máquina infernal por dos bipedos que no habían encontrado medio mas seguro de comunicarse con él que los hilos eléctricos.

Al fin llegó el momento y puse en contacto los hilos. El éxito fué completo. Sentimos instantáneamente una fuerte sacudida como si hubiera caído alguna cosa sobre la ribera: luego una trompa de agua espumosa, un sonido ahogado, un ruido cavernoso y despues de todo esto una espesa columna de humo. Chocabanse las olas, estremeciase la ribera y en la superficie del agua se estendió una mancha roja que asemejaba á un año de escarlata. El *mugger* destrozado fué arrebatado por la corriente y bien pronto le perdimos de vista.

HEROISMO DE UN MANDARIN.

Habia antiguamente en la China un consejo compuesto de doce mandarines encargados de escribir dia por dia la historia de sus emperadores reinantes. Este consejo se juntaba todos los dias en un lugar donde habia un gran cofre forrado de hierro con una abertura encima, por la que se echaban las memorias que debian servir á la historia del reinado.

La ley prescribia que este cofre no se abriera sino despues de la muerte de cada Emperador. Hace sobre unos 150 años, que uno quiso ver como le trataban en estas memorias, para lo cual mandó abrir el arca sagrada, é indignándose de hallar en ella la pintura fiel de su injusticia y mala administracion, llamó al jefe del consejo y despues de haberle reprochado por su temeridad le hizo cortar la cabeza. Las memorias del dia siguiente mencionaron esta atrocidad, y el nuevo presidente sufrió la suerte del anterior, siendo del mismo modo sacrificado un tercero. Mandado comparecer el cuarto delante del Soberano, se hizo preceder de un esclavo que conducia un ataud; despues con ademan firme y sereno se dirigió en estos términos al Emperador. «Ya ves que no temo la muerte, porque aquí está mi sepulcro y mi cabeza. Es en vano que esperes imponer silencio á la verdad, pues siempre existirá una voz que hablará á pesar tuyo. Ordena que se me mate, mejor quiero estar muerto que vivir bajo un tirano que ha resuelto degollar á las personas honradas de su Imperio.»

Herido el Emperador por estas palabras colmó de presentes al mandarin y desde allí en adelante no volvió á indagar lo que se metia en el cofre, procurando que el fiel historiador no narrase de él sino buenas acciones.

L. G. M.

SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva,

Calle de la Rua, número 25.